

**ODIOS**



# **ODIOS**

**SANDRA CASTRILLÓN CASTRILLÓN**

**PRIMER PUESTO CUENTOS**  
VII CONCURSO NACIONAL DE NOVELA Y CUENTO 2005  
CÁMARA DE COMERCIO DE MEDELLÍN PARA ANTIOQUIA

© Sandra Castrillón Castrillón  
© Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia  
ISBN 958-33-8542-1

Primera edición: diciembre de 2005

Diseño de Cubierta: Agustín Vélez Álvarez  
Diagramación e Impresión: Cargraphics S.A.

CASTRILLÓN CASTRILLÓN, SANDRA ELENA  
ODIOS

1ed. Medellín : Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia, 2005.  
133 p. ; 21 cm.

Primer puesto. VII Concurso Nacional de Novela y Cuento  
Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia

1. CUENTOS. Título.

Impreso y hecho en Colombia | Printed and made in Colombia  
Prohibida la reproducción total o parcial , por cualquier medio  
o con cualquier propósito, sin la autorización escrita en la Cámara de Comercio  
de Medellín para Antioquia.

***Para mi familia***

*Inventaron dos o tres gestos  
y me dibujaron*

***Para los amigos***

*Que a veces terminan  
una palabra*

***Para los que he amado y odiado hasta perderme***



## INDICE

Regresando	11
Una Niña	15
Una Mujer y Un Niño	21
Claudia	29
Paciente	33
Los Dientes de Mamá	41
Avenida Oriental 3:00 p.m.	47
La Niña Mirando	51
Imagen Mnémica	57
Juego de Luz	61
Recuerdo	67
La Prostituta Triste	73
Sara	79
Depresión	83
Foto	89
Silencio	93
Federico	97
Tres Muertos	103
Rosa	109
Amarillo	113
En el Baño	119
Fiebre	125
Domingo	131







## REGRESANDO

A las cuatro de la tarde papá regresaba de la fábrica, entre hombres que sudaban y mojaban el vestido caqui.

A esa hora sonreía.

Las horas más duras se deshacían en ese camino, alguna razón para respirar volvía a construirse en el pequeño trajín. Caminaban dos cuabras. Al frente siempre la taberna.

Por eso la risa se les instalaba mecánicamente.

Allí, rodeando una mesa, bebían hasta la madrugada.

Nunca vi esa risa de cerca. Se me aparecía sobre el fondo sepia que formaba el polvo de la carretera levantado por los pasos de ellos. La última vez que lo vi traté de fijarme mucho porque le habían puesto una calza plateada que le brillaba al sol.

Avanzaban entre empujones.

El calor en medio del amarillo titilante les desfiguraba

la forma. El bus surgió del mismo ángulo en el que se instalaba la taberna. Avanzaba en la línea de la carretera, sin distorsión, mientras papá sonreía con una estrella en la boca. Pude ver el momento en el que sus gestos construyeron esa pose de angustia. Y fue sólo mi padre el que halló el desvío ilógico del bus que se desquició justo al rozarlos.

Todo fue muy fácil. El motor dio contra el torso de papá y antes de que pudiera doblarse fue arrastrado hasta el paso de las llantas.

No supe nada más de ese bus.

A lo lejos papá era un reguero de ropa y sangre.

Alcancé a escuchar la carrera al unísono, el ritmo taquicárdico de los pasos al correr. Pero no pude llegar a su lado. En medio de la carrera alguien me haló. Así que no llegué de primero para mirarlo. Me enviaron a la casa de los abuelos a dar la razón.

Tenía que ir a contar que papá estaba muerto.

6 de septiembre de 2002





## UNA NIÑA

Una niña vuela por los aires. Salpica la grama con el cuerpo hecho carbón y metal.

No puedo imaginar nada de ella.

Puedo ir hasta el quirófano y mirar, descifrar la magnitud del revuelo de batas blancas.

Para mí es una niña muerta.

Suficiente.

Una niña de once años. No graciosa, fea.

Fue a buscar botellas de vidrio, cualquier cosa de plástico a un campamento abandonado donde todavía se oía el verde militar de los uniformes. A ellos los había visto en el parque, aburridos, bajo un sol de locura. A veces disparaban y los viejos carros del transporte caían derruidos volcándose con alguna vaca o unos racimos de plátano.

Los niños más grandes habían recogido botellas y regresaban por más. Ella hizo lo mismo esa mañana.

Los niños campesinos van a escuelas de barro entre las que dormita un nostálgico olor a boñiga y orina. Tienen una gripe pegajosa que no estornudan y una mancha eterna sobre la camisa a rayas que les cubre el pecho. En los recreos comen arepa con huevo y arroz encebollado. Chocolate en botellas de jarabes. Ven pasar a los hombres de fusiles y apenas si limpian el arroz que les cayó encima.

Miran limpiamente el espectáculo que tienen al frente: unas montañas azul oscuro y arriba un cielo blanco.

La niña esa mañana, en el campamento, abrió la talega y amontonó botellas, buscó y miró entre los nidos, entre algún zapato solo.

Se paró en el escondite de la mina que esperaba.

Quemarse mientras el aire es lo único de dónde agarrarse. Alcanzar a mirar cuatro dedos juntos y uno separado que caen duro y encenizados a la tierra.

Y conservar los ojos abiertos para mirar todo eso. Viajar en la ambulancia, como en un día cualquiera en el que se va al pueblo. Se recuesta la cabeza en la banca para mirar al cielo. Saberse sólo cabeza y algo de tronco.

Antes de entrar a cirugía perdió la visión. Cuando le

extrajeron los vidrios, las tuercas, los tornillos y pequeños resortes de acero supo el origen del desgarramiento de la cara.

La madre esperaba en el pasillo.

Demasiado baja para alcanzar por completo la ventana de cirugía. Alzaba el cuerpo izándose en los talones morenos para ver a la niña entre sábanas verdes, haciéndole el marco a una extensa mancha de sangre.

Esperaba la muerte. No rogaba por la vida de ese muñoncito eternamente sorprendido por la emoción. La boca se movía mientras miraba por la ventana. Repetía una oración. La gran flor del quirófano era la luz de esa cosa que se representaba.

Por momentos se le olvidaba para qué era que se hincaba.

Los médicos recordaron hasta la terquedad el viejo juramento y siguieron contrayendo el tórax e insistiendo con la sonda de succión.

Atardecía en Yarumal.

El dolor del frío y de la mezcla de colores era evidente en el cielo.

La niña volvió una vez más, miró el gran cartucho de luz y se consoló con una última respiración sana de los pulmones que aún servían.





Una mujer y  
un niño





## UNA MUJER Y UN NIÑO

Una mujer huye de la orilla del río.

Al otro lado de la orilla hay policías. Alguno dispara, aunque es obvio que no quiere dar en el blanco. Otros policías cruzan el río a nado y se apuran en buscar algo entre la hierba alta. Se agachan largo tiempo. Hacen llamados. Cruza una canoa. Un hombre que no es policía también se agacha y parece que dice algo, los otros se levantan y se quitan la gorra de policías.

La mujer corre todavía algunos metros más. El cause del río crece. Abre los brazos y se lanza, roza con todo el cuerpo el agua del río. Los policías saltan también al río.

La mujer es arrastrada hacia la orilla de los policías.

La mujer mide como un metro y cincuenta. Va esposada entre los agentes. No mira a nadie, el sol no la deja. Entra a la cárcel y atrás queda la gente rodeando la puerta.

Respirando, la mujer se sienta en la silla que le señalan. El jefe de policía abre una carpeta café que ya tiene el nombre de la mujer.

¿Sabe por qué está aquí?

Elizabeth intenta decir algo. Dice un nombre, el nombre de un niño y cae de la silla.

La vuelven a poner en la silla, dos agentes la sostienen a los lados.

¿Sabe de qué se le acusa?

Elizabeth pide el medicamento. Carbamacepina. Hace horas que no lo toma y va a convulsionar.

¿De qué sufre?

Epilepsia.

Le preguntan por qué mato a su propio hijo. El jefe de policía inclina el torso entero para hacer esta pregunta. Quiere preguntarle en secreto.

Elizabeth no contesta. Los hombros le tiemblan progresivamente como si se tratará de un indiferente encogimiento de hombros.

Primera celda de Elizabeth: un cuarto gris.

El médico es un hombre delgadito. Escribe todo lo que ve. En cuanto mira escribe, se va dictando al mismo tiempo que empapa la gasa de alcohol.

¿Epilepsia? ¿Desde cuándo?

Desde los doce años.

¿Sufrió un golpe traumático antes de esa primera convulsión? ¿No? ¿Alguien en su familia sufre epilepsia?

La historia de los hermanos se pierde en el entornado de los párpados. Hace muecas de loquita.

¿Me da algo para dormir?

Le receta Fenobarbital, no tiene Carbamacepina. Es igual. También le produce sueño. Y sueña. Una calle amplia. Siempre vivas falsamente plantadas. Ella arranca una flor, su niño la huele y cae muerto al instante.

Se despierta gritando y no reconoce ninguna grieta. A oscuras va rayándose la mano con el filo de los adobes sin encontrar el interruptor. Serán las tres de la mañana. Espera. La puerta se abre y aparecen varias mujeres gordas. Estiran unos brazos gordos, que se inflan al hacer fuerza para estrangular. La primera mujer alcanza a matarla. Ella las mira salir a todas, en fila india.

Despierta.

Vuelve a mirar el interruptor, se palpa la nuca mientras

avanza a tientas por la rusticidad de los adobes. Hay un frío nuevo que se cuele a intervalos por el rellano de la puerta. La luz titilante del interruptor la asusta. Se lanza hacia él para encender la luz. Pero el interruptor ya no funciona, la luz titilante se funde. Ella llora como una niña pequeña. Una sombra imprecisa viene a pararse junto a ella, respira con cansancio. Nada más se tiende sobre ella que se hunde bajo el peso doloroso.

En las cárceles de pueblo huele a sopa hirviendo todo el tiempo.

En el patio de lavar la ropa una interna sacude con fuerza una sábana blanca. Ese sonido es lo primero que Elizabeth escucha al abrir los ojos. Un hombre de azul le abre la puerta de rejas de hierro y ella sale a la ducha.

Ella va a las duchas con la cabeza gacha, fijándose en las hormigas que huyen del calor de la lumbre de la cocina. A su paso hay mucha curiosidad. Le miran las manos.

¿Cómo lo mataría?

Elizabeth entra al consultorio médico.

El médico abandona su mirada abstraída para mirar a Elizabeth. La olió llegar. Huele a verdura en pleno envejecimiento. Está en la nuca, en la raíz del pelo, en el uñero

que se retuerce sin parar. Precisamente se enrosca el uñero a la entrada de la puerta.

¿Cómo durmió Elizabeth?

Intentaron matarme. Me iban a ahorcar porque yo maté a ese niño.

El médico nunca pide que le cuenten nada. Mira a la bolita negra de los ojos y hace *play* con la mirada fija.

Elizabeth se sienta para comenzar a contar. El médico registra el olor a botica que tiene su consultorio carcelario. Le echa un rápido vistazo a los frasquitos en orden que contienen penicilina y antialérgicos, acetaminofén y comprimidos de varios colores para la inflamación. Las drogas más sublimes descansan tras una vitrina impecable, inaccesible por su candado con doble llave.

Yo creo que me estoy enloqueciendo. Algo me pasa en la cabeza.

*Play.* El médico se endereza. Huele a remolacha hirviendo. En eso se distrae. Pero regresa. Escucha.

A nadie se le ocurriría matar a un hijo. A mí sí. Yo lo libre de cosas. Yo lo he salvado de las horas. Pensó que eran Desenfriolitos las dos Carbamacepinas. Las pasó con jugo de guayaba. Miró largo rato al cielo. No me miro a mí.

El niño se durmió en su regazo. La última imagen: un hilo de baba cayendo sobre su falda. Los policías al otro lado de la orilla. Las algas en su pelo, los pies tocando el fondo del río Nechí.

17 de diciembre de 2003



Claudia



## CLAUDIA

Mamá está en el patio arrullando una niña blanca. De una toalla azul sale desprevenida una mano casi azul, muy blanca. Una mano diminuta. Mamá aprieta aquellos cinco dedos, los calienta más poderosa aún que el sol. Solo tiene a esa niña para vivir ese día, y el día siguiente y un tiempo hacia el cual ella mira mientras aprieta.

La niña se llama Claudia. Recibe el sol de frente. Sus ojos brillan como dos bolas de cristal recién enjuagadas. La niña no parpadea. El sol se refleja completo en las pupilas.

La hija de mamá tiene dos semanas de nacida. Aquella niña es la suave reproducción de una imagen bíblica.

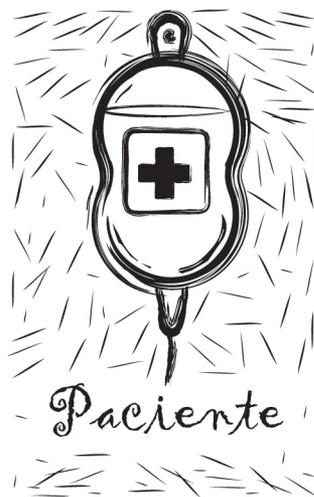
He oído muchas veces esta historia. Claudia muere, de un día para otro.

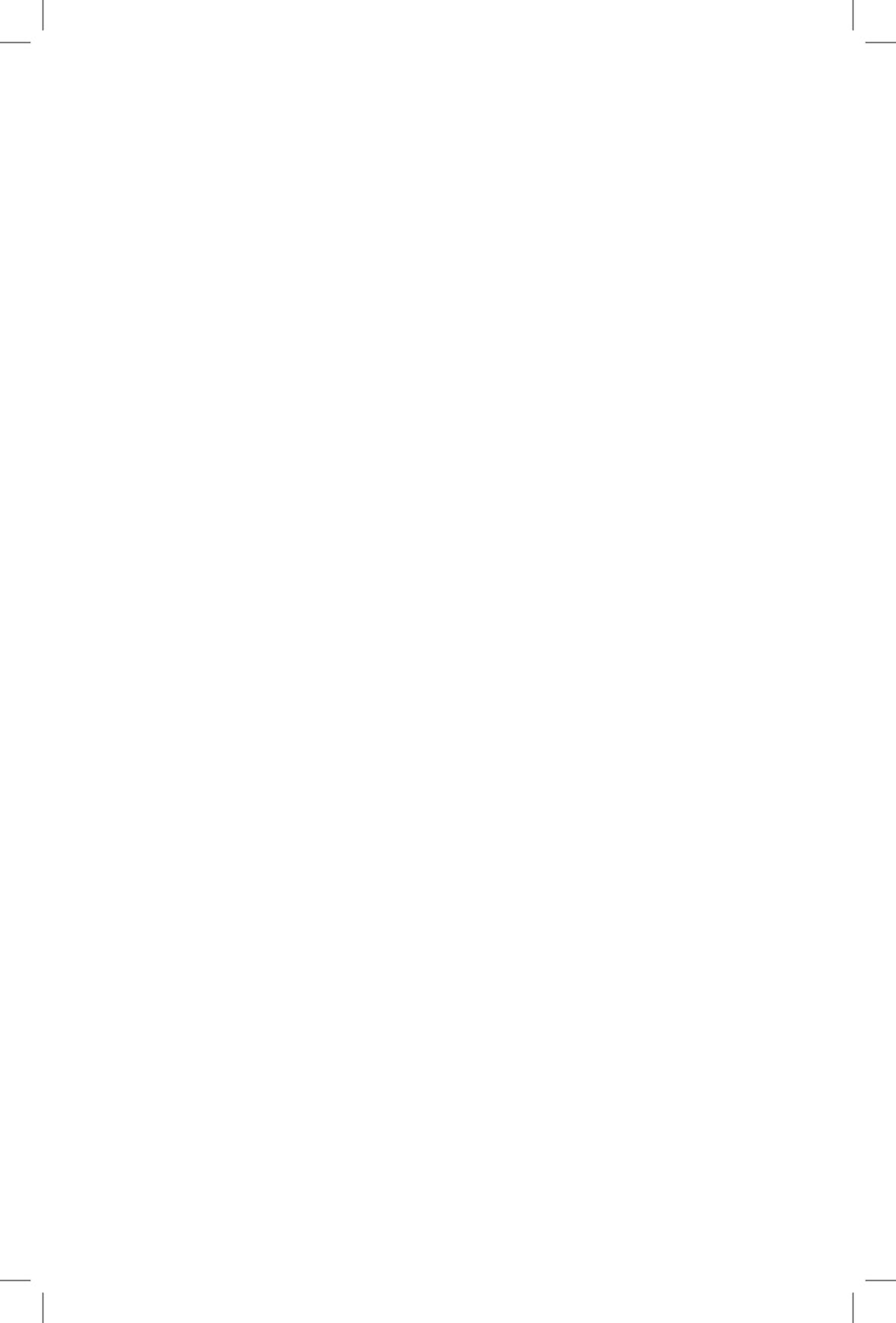
También me entero de la ceguera, tan tarde como mamá.

El sol del medio día esta destinado a recordármela.

Veo a una niña, un ángel de cabellos rojos, ojos azules y una pupila cegada para el sol incandescente. Veo a mamá joven, sus manos delgadas sujetando una cabeza pequeña.

Octubre de 2003





## PACIENTE

El corrillo de médicos entra a urgencias. Huele a sangre.

La enfermera recita:

Paciente que pasa la noche febril, delirando, todavía no se le ha establecido diagnóstico. Manifiesta que tiene miedo, grita, intenta treparse a las paredes. Se le ha dado un antidepresivo para dormir. Durmió en la madrugada. Se espera evaluación de psicología.

La psicóloga da un paso adelante. Se ha movido instintivamente. Trata de verlo. El hombre largo está enfundado en la sábana azul. Sólo se ve un dedo del pie.

Unas horas más tarde la psicóloga entra a urgencias. El paciente está despierto. Tendido sobre la cama, dirige el cuerpo hacia la pared.

Gira la cabeza. Alcanza a ver. Ve a la psicóloga. Intenta

trepar a la pared. Rasga con las uñas las baldosas verdes. La psicóloga siente el susto y el vértigo, la náusea subiendo. No va a saber qué hacer.

¿Cómo se llama usted?

El sujeto se desliza más hacia la pared. Atento al menor movimiento.

La psicóloga desiste. Está mareada por el olor a hipoclorito, le quema las fosas nasales.

Llamadas al hospital de Caldas. Pedido de remisión.

Descripción de un paciente con Síndrome Mental Orgánico.

Solo una enfermera puede acercarse. Se acerca y el paciente inclina la cabeza en espera de ser tocado. Traga la pastilla y estira su antebrazo para que la enfermera sepa de su presión. Se deja limpiar. La enfermera es una mujer que reza mentalmente mientras mira la aguja imprecisa del tensiómetro.

O una psicosis. A veces su dedo se queda inmóvil señalando el rastro de una forma invisible. Ha contestado con negación de cabeza a una pregunta que cree formulada desde el silencio.

Para colmo el sol en un cielo que suele ser gris.

La madre dice que se le metió el diablo en la cabeza.

Tatuajes de cruces tergiversadas en los hombros y la espalda. Un dragón fuma pipa entre el ombligo. Grupos de hombres silenciosos caminando toda la noche en busca de niños recién nacidos. Las muchachas vírgenes miran la llegada de la noche. Obsesivamente. Olfatean ese olor. Huele a algo.

Después de las dos de la tarde la ambulancia en el empedrado del hospital.

A pesar de todo: esa imagen de casita de campo.

A pesar del paciente que se retuerce al interior de la camilla.

Sale amarrado, sujeto a la camilla por lazos. Inclina la cabeza para gritar y mirar. Luchan con él. Abraza a su enfermera hasta la asfixia. Grita que no se quiere ir. Por qué no se quiere ir le pregunta la psicóloga. Y luego esquiva una patada furiosa del paciente. No soporta que ella lo mire a los ojos. Hace un ademán. Parece que fuera a escupir.

Golpean la ambulancia con la cabeza levantada del paciente que grita todavía. La madre se sube atrás, sosteniendo el bulto que es el hijo. Mientras el enfermero le cierra la puerta ella se ríe. Todos se preguntan de qué se puede reír ella. La enfermera de él en cambio, se queda mirando con misericordia a todos los que la miran. El paciente, la madre y la enfermera parten en ese día de calor. Parten con el polvo de la ambulancia que se pierde por ese camino sin pavimento.

El hospital está como después de una fiesta. Se pueden oír los espantos de los gritos. Se siguen las tragedias aburridas de un parto prematuro. Una chica que se atravesó el ojo con un lápiz. La uña de un gato arruinando la vida de un recién nacido.

Se mira hacia el camino. Un rato, entre las idas a la farmacia. Se mira el camino y parece que todavía el polvo no termina de volver a su sitio.

Sucede.

La ambulancia regresa. Una ambulancia loca trastabillando por el camino empedrado.

Aquí es cuando todos salen al patio. Es la ambulancia que regresa media hora después de su partida y no es normal. Caldas está a una hora de camino.

La puerta se abre abruptamente. La madre está ahogada en un grito que no sale, hay una O dibujada en su boca y el cuello tenso. Pero su llanto no suena. La enfermera está pálida y tiesa. No es capaz de jalar la camilla. Estorba y se golpea cuando el enfermero saca a la luz la camilla bañada en sangre.

Todos ven esa camilla hecha un pegote de sangre. Huele a sangre y a terrones de tierra al mismo tiempo. A sangre

coagulada. El rostro del paciente está vuelto hacia el sol. Cerca del pecho una válvula borbotea espasmos de sangre.

Le dispararon.

Tres hombres, llegando a Palomos. Tres negros grandes con los mismos tatuajes del paciente. Pararon la ambulancia y encañonaron al chofer. Lo bajaron. Murmuraron algo entre dientes. Una extraña bendición fue dibujada con los dedos. En frente de nosotros le dispararon. Tres veces.

Puerta de la morgue abriéndose. Paciente ingresando con sus pies por delante. Grito de la madre por fin desatado. Un NO suena vibrante. Parece hecho de sol. El grito está lleno de calor.

15 de abril de 2004





Los dientes  
de mamá



## LOS DIENTES DE MAMÁ

Papá toma la cabeza de ella entre sus manos y la lleva a la mesa. Varias veces. Cuando ella se queja veo salir astillitas blancas en mil direcciones. Son los dientes de mamá. Algunos van a parar hasta la acera de la calle. Yo voy a buscarlos y aprovecho para perderme un rato. Hasta que todo esto acabe.

Cuando regreso mamá trae atado a la mandíbula un pañuelo de flores. No me atrevo a preguntarle qué va a hacer, o por qué no va donde el médico. Los ojos enrojecidos evitan mirarme a toda costa. Revuelve y revuelve una sopa de pasta con papas.

Estamos los dos en la cocina a la hora del almuerzo. Ella sirve la sopa.

Afuera un reguero de sonidos hace que tengamos un fondo para mirar los platos, las cucharas, las arepas pequeñas al borde de los platos.

No sé cómo logra meter la cuchara a la boca y pasar el caldo de papas entre ese túnel sanguinolento que yo adivino a través de las múltiples flores del pañuelo.

Esa mujer es mi madre.

Se para, lava su plato, algunas papitas saltan al fondo del lavaplatos. Sale de la cocina. Se quita el delantal. Enciende el televisor.

Abro la puerta de la calle. El sol en la acera del frente. Un olor a Coca Cola en algún lugar. El cielo limpio y la cancha con ruidos a pelota de goma. La goma se huele desde aquí.

Papá está en la tienda. La copa de aguardiente, vacía, roza el codo sobre el que descansa una mano que explica. He venido hasta aquí para decirle algo. Estoy a las puertas de este lugar caliente, se siente calor aún en la entrada.

La cabeza de papá se gira dos veces. En una me mira, en la siguiente me reconoce. No sé para qué vine. Nunca voy a hablarle, nunca sé cómo es estar así, cerca, mirándole los ojos grises. No conozco su voz.

Me acerco, pido un aguardiente. Vuelve a mirarme por tercera vez. Deja que yo lo mire.

Nos estamos mirando.

No lo conozco. Por eso puedo sacar el revolver caliente del bolsillo caliente y esperar a ver su cara de niño que grita,

ver todo el proceso de gestos que no creen y se vuelven una reacción tardía.

Tumba los bancos altos de la barra. Se lleva en la caída las copas de aguardiente. Riega aguardiente. La gente grita y yo no hago más que contemplarlo.

Lo miro mientras pienso en mamá. Inútilmente.

9 de marzo de 2004





Avenida  
Oriental  
3:00 pm



## AVENIDA ORIENTAL 3:00 P.M.

Al final de la Avenida Oriental el sol cae sobre un edificio lleno de espejos. Es como la estrella de Belén puesta de repente en esa avenida.

El trancón dura seis minutos. La niña de trece años va hasta uno de los taxis y ofrece gomitas de colores. También chicles y Bombón-bum azul. El chofer mira el borde de la falda de la niña. La niña se deja mirar y comprende. Como ve que no le compra sale despacio hacia la estrella de Belén. Apaga un ojo para mirarla de frente.

La niña con un solo ojo puede ver a un taxista con unos dedos de pie en la boca. Ladea la cabeza para ver si es verdad que son dedos de pie. El tipo se chupa las uñas, como si lamiera algo dulce. La mujer, sentada en la silla de atrás, tiene su pierna en medio de la división de los sillones de adelante.

Así los dedos de su pie van directo a la boca del conductor. El sudor en la frente del taxista resbala y cae a las venas oscuras del pie.

Ese silencio en ese trancón. La niña con un solo ojo mirando el pie en la boca bonita del conductor.

9 de mayo de 2004



La niña  
mirando



## LA NIÑA MIRANDO

La niña trae un pedazo de mango viejo entre las manos.

No se lo termina de comer del todo, cada vez come un bocado más seco. El calor acartona el pedazo de mango maduro.

La niña anda descalza con un pelo revuelto que no tiene forma definida. El pelo es negro y crespo, apretado, muy negro.

La madre sale cada media hora con el escalpelo colgando del cuello. Se encuentra a la niña y le roza con la mano los crespos.

Un hombre sale del cuarto con el ojo vendado. Da dinero a la madre. Hay un hombre en el pasillo que trae una gasa en una pierna. La madre guarda el dinero en el delantal y bondadosamente mira al hombre.

Y luego a la niña.

A la madre el calor le resbala en gruesas gotas que parecen trocitos de hielo. El hombre de la venda y la madre entran al cuartito. Cierran la puerta.

La chiquilla pone su ojo negro en un hueco diminuto. Allí su ojo alcanza a mirar todos los ciento sesenta grados del cuarto. Puede mirar el monte de pus alrededor de una inflamación que empieza a tener un color púrpura suave. Como de vino. Ve gritar al hombre. El señor agarra con fuerza la mano de su madre y la retira. Su cara tiene la ira contenida de un hombre que hace todo lo posible por no golpear. El bisturí regresa sobre el monte de pus y se entierra de punta escarbando en la superficie. El hombre grita. La niña se aleja un poco. Mira a su alrededor como si hubiera sido descubierta. Se asusta de la magnitud de la casa a sus espaldas. Entreabre la mano y encuentra entre su puño la pulpa fibrosa de un mango disforme.

Acomoda su ojo otra vez. Enfoca el bisturí primero, retorciéndose en el cráter sangriento que se descompone a borbollones. Después a la madre que tiene unas finas gotitas de sudor en la punta de la nariz. Y luego al hombre. Retorcido para un solo lado. La boca mordida en un dolor de ojos para siempre.

Y luego al gusano, saliendo vivo y rosado del cúmulo  
de sangre y pus.

26 de junio de 2004





Imagen  
mnémica





## IMAGEN MNÉMICA

Está sentada en la puerta de una tienda. Su vestido es de florecitas naranjadas, pequeñas. El cabello largo, un poco más abajo de los hombros. Ganchos negros y grandes le sostienen los cadejos de cabello que le llegan a la cara. El cabello de mamá es negro. Y su cara es blanca. Tiene el vientre de un embarazo de seis meses. Las piernas hinchadas la han obligado a sentarse. Está sentada en la puerta de una tienda porque no puede caminar.

Va a llamar a papá.

Yo tengo año y medio.

Estoy a su lado. Miro todo el tiempo la redondez de su vientre.

El señor de la tienda se para apenas nos sentamos.

¿Qué necesita?

Mamá le pide prestado el teléfono.

En mi memoria, la voz de mamá es la de siempre. Enrojece cuando el hombre dice que el teléfono no se presta. Vale cincuenta centavos la llamada.

Seguimos sentadas, miramos pasar la gente, no sé qué espera mamá, no sé que miro.

El señor de la tienda come sopa de espaguetis. Los fideos amarillos se escurren de la cuchara. Mamá lo mira con atención. Los espaguetis se pierden por su boca. Espaguetis amarillos. Imposible dejar de verlos. Casi brillan.

La segunda vez que se vuelve para mirarlo, el señor ya viene con un plato humeante. Ella enrojece otra vez. Los pómulos, como si estuvieran llenos de rubor. Come la primera cucharada y sus ojos se pierden de mí. El caldo le recorre la garganta con un rastro de sal exacto que hace cosquillas en el esófago. Los fideos están blandos, se escurren rápido en medio del sabor a ajo.

Está rico, me dice. Me abre la boca y yo sólo siento el concentrado del almidón pegajoso. Niego con la cabeza. Del peto de mi enterizo de dril saco las galletitas de azúcar y las muerdo despacio. Me alcanzan para el tiempo que mamá se demora en comer la sopa humeante.

16 de julio de 2004





## JUEGO DE LUZ

Flores sobre el borde de la ventana. Dejan pasar el sol según se muevan. Son rayas amarillas llegando hasta el piso de la cocina. Allí descargan la luz una a una. Se hace un charco de luz pequeño que todo el tiempo está en movimiento.

Entran unos pies blancos, dando brincos y cortan el circuito de luz de la ventana al piso. La luz está ahora en esos pies.

Hay un ruido atrás. Alguien levantándose. Arrastra con pereza unas chancas de casa. Una mujer grande y amarilla atraviesa la puerta y su llegada, balanceando una bata rosa, tapona definitivamente el juego de la luz de las flores.

Están hablando bajito.

No se entiende nada de ese ronroneo de bocas que aún no se despiertan al sabor del café o del pan.

La niña de los pies blancos da vueltas en la cerámica del piso.

La mujer amarilla está detenida frente al lavaplatos. Su

bata va y viene por el movimiento de viento que produce la niña de pies blancos. Está produciendo viento. Juega a que persigue algo, pero luego se devuelve y es perseguida. Aplaude. Cae al suelo riéndose en una risa de mímica. Hace el gesto de reír y reír a carcajadas.

La mujer de bata rosa parece que se voltea y le dice algo. La pequeñita sigue ese juego de aplastar algo invisible. Ríe mucho. Su pelo a veces se presta para el juego de luces de la ventana. Por entre los diminutos cabellos pasa la luz que se detiene o se filtra. Una forma extraña aparece en el suelo.

Las diez de la mañana en esta cocina.

La madre de rosa sale. Sus pasos, con el ritmo de las chanclas, casi se oyen. La chiquita ve a esos pasos irse, a ras del suelo, todo su cuerpo inclinado en la superficie del suelo. Debe pasar algo en ese ras de suelo, en la vibración del aire, en el silencio de esas diez de la mañana. Pues la niña se levanta y echa a correr y sale de la imagen.

Pasa un tiempo corto. Menos de un minuto. La niña regresa.

Está llorando. A los gritos. Está ahogada de dolor. Va a sentarse a la esquina, junto a la estufa. Aún el café sin hervir. El pan sobre la mesa, dentro de su bolsa.

Las manos pequeñas sujetando la cabeza pequeñita. Es

decir, la chiquita aprieta con sus puños su cabecita pequeñita. Niega todo, dice que no a gritos.

A la cocina entra un hombre de traje gris. Sólo se ve su torso. Y su revolver que parece de mentira, parece ser lo que lo guía. El revolver va por delante de él. Luego llega a la cabeza de la chiquita. Ella deja de llorar y se concentra en algo porque está en silencio. Silencio.

El silencio suspendido de una mañana corriente. Entre las diez y las diez y media.

La pistola se aleja bruscamente. Se va. El hombre sale de la cocina. No dispara.

Por muchas horas la niña se queda embrollada en un abrazo a sí misma.

En la ventana ha persistido el mismo juego de luz.

14 de agosto de 2004







## RECUERDO

Estoy mirando una foto muy vieja de Pablo Escobar en un recorte de prensa. Es de junio de 1989. El papel amarillo calca esa imprecisión de la vejez.

En otra foto unos muchachos armados posan para la cámara. Se recuestan en las motos. En el artículo le preguntan a Pablo si los patrocina, si les paga. El habla de política. No responde la pregunta.

Es junio. Hace calor en Medellín. También en Bello hace calor.

Tengo dieciséis años. Tengo un uniforme a cuadros rojos.

Salgo para clase a las siete de la mañana. Junto al parque del tobogán oxidado hay un muerto.

No reconozco ninguno de los muchachos de la foto. Son de Bello y aquí dice el nombre de la banda de la que hacían parte. La Ramada. Todos los muchachos bellísimos de mi calle trabajaron en esa banda.

Los veo en la pared de la tienda. Ropa nueva. Motos. Como si tuvieran que ser jinetes de alambre y acero. La velocidad de las motos les daba una identidad en el rostro. Es lo que creo. El hueso de la mandíbula doblando la esquina. Eso era lo que yo veía en ese hueso: cierta seguridad. Un camino.

Hombres trigueños embellecidos aún más por la ropa costosa y esos caballos de ruido a las tres de la madrugada. Luego los disparos. Al día siguiente recogían los muertos. Cada noche, Pablo Escobar en la televisión.

No conozco a ninguno de los hombres de esta foto.

Recuerdo el retén militar entre la escuela de niñas y niños. La escuela de niñas se aleja paulatinamente de mi vista. Hace calor.

Es junio de 1984.

La escuela se llama Rogelio Arango. Está custodiada por militares armados. La puerta de hierro sirve a la imagen de cárcel que tiene ahora. Desde la puerta es un pasillo cortó con una escala que se precipita al patio de granito. Ahora es una cárcel. Está llena de los muchachos de ese tiempo.

Trepamos a lo alto de un barranco de donde se divisa toda la escuela, la manga, la manga moviéndose siempre.

En el viento de esas briznas hay unas risas de niñas que espantan.

A lo largo del corredor los soldados caminan haciendo guardia. Hay personas en los salones de clases. Las manos sujetas a las rejas, sin asomarse, sólo las manos visibles.

Pero no pasa nada importante de día. Algún soldado pasa llevando del brazo a un prisionero y lo cambia de salón o lo lleva hasta el baño. Se oyen tiros, como a las ocho o nueve de la noche y todos miran maquinalmente hacia la escuela.

El calor. Hay un rostro en la foto que me recuerda a un muerto joven que todos vimos una mañana yendo para el colegio. Abrazado, dándonos la espalda, el muerto mostraba en la camiseta del colegio un agujero rojo. Como dibujado, sin rastros de gotas. Impecable. Ese tiro lo inmovilizó en la esquina. Le decían “Pasteles”. Recuerdo a Diana llorando como una novia.

En el salón de clases un adolescente rubio, de vellos rubios y dedos rosados. Tomaba nota a la hora de química con todos nosotros. Miraba al tablero. Fue el último que oyó el chirrido de los tenis en el piso recién trapeado. Alguien venía. Alguien entró al salón y vació un arma en el pecho y las piernas del adolescente rubio. Parecía una flor sucia de diente león.

Cada rostro en esta foto, pese a no ser ninguno de esos muertos, me recuerda una imagen.

La escuela de niñas volvió a ser escuela un año después.

No sé mucho de las últimas cosas. El final se pierde. La nube del tiempo. Todas las historias a las puertas de esa reja verde. He querido preguntar o indagar.

Pero sólo le doy vueltas a la historia. Y me canso.

16 de Septiembre de 2004



*La prostituta  
triste*





## LA PROSTITUTA TRISTE

Estaba llorando cuando se dió la vuelta para pedir el dinero. Estiró el brazo y dejó que ese brazo temblara. Incluso se miró el brazo. Mirarlo y verlo temblar era dejarse estar mal del todo. Estar tan mal le hacía tener mocos en abundancia asomados a la nariz. Tantos mocos y lágrimas que se escurrían hasta por los oídos. Lloraba por los oídos. Por el ribete de los ojos. Botaba lágrimas al hablar. Al hablar muy cerca botaba lágrimas en la cara del otro. La camisa estaba mojada. Era una camisa roja y tenía empapada toda la parte de adelante.

Déme el dinero, señor.

El señor trataba de buscar el hueco de la correa para insertar el gancho, pero el cinturón volvía a caer. Cada lágrima explotando en movimientos de hombros de la chica le hacía soltar la hebilla y el cinturón caía. En ese gesto, volviendo a poner su cinturón una y otra vez, delataba cuan anciano era.

Tenía como cincuenta años. Aunque no era tan anciano, lo era para la chica roja de llorar, convulsionada hasta en la respiración. El señor tenía la piel amarilla y roja y era difícil encontrar un palmo de piel lisa o llana. El relieve de esa piel era asimétrico y aparecían de un momento a otro, huecos o hendiduras que desbarataban la lógica de un músculo.

La flacidez nacía en la involuntariedad de los párpados y se alargaba en el pene flojo y los muslos descolgados.

El olor del señor olía a cuarto encerrado y frío. Su proximidad era húmeda. El ronquido de la respiración, aún en la vigilia, le recordaba a la chica un cuento de miedo, o un abuelo dormitando en un corredor oscuro.

No logró ponerse la correa y con el pantalón suelto, a la altura del ombligo, buscó la billetera. La misma chica le pasó la billetera. Estaba sobre la mesita de madera sucia del motel.

Afuera llovía y la chica escuchó la lluvia mientras el señor buscaba un billete de veinte mil pesos. No pudo entregárselo. La chica empezó otra vez a llorar.

¿A usted le pasa algo? ¿Yo le hice algo?

Entonces la chica recibió el dinero y dijo que nada.

El señor volvió a intentar lo del cinturón. Está vez pudo pasar la hebilla y su estómago de viejo quedó detenido tras un cinturón café.

Hasta luego niña, le dijo a la niña.

Hasta luego señor, contestó ella.

Con los veinte mil pesos en la mano pensó largo rato.  
Alguien vino a tocar al cuarto, gritó que ya era hora, que se  
había cumplido el tiempo.

La chica terminó de vestirse. Tampoco ella sabía por qué  
había llorado tanto.

18 de septiembre de 2004







## SARA

Sara tiene dieciséis años. Se mira frente al espejo. Se inclina toda y vomita hasta la última arveja que comió en el restaurante del colegio.

Vomita mientras el vómito se atraganta en el afán de encontrar el sifón. Un cosquilleo demente le recorre el cuerpo. La espuma del vómito, ese sabor agrio y caliente del vómito, la embriaga. Se queda inmóvil oyendo salir su vómito hacia el lavamanos.

Come hasta el último trozo de arepa porque sabe que ese último trozo de arepa va a engrosar la calidad de su bolo alimenticio devuelto.

Sara en el consultorio del psicólogo es una enferma de dieciséis años y hace su pose correctamente. Estruja las manos delgaditas y las uñas transparentes unas con otras mientras

cuenta que en un principio quiso dejar de comer para estar más flaca.

En alguna parte leyó eso. Alguien lo dijo. Es su historia en el consultorio luminoso, demasiada luz para ese consultorio. El psicólogo intenta mirarle los huesos que salen preciosos empujando la falda de lana.

No cuenta en el consultorio cómo se dio cuenta de la quemazón de la náusea, del estrépito de la devolución y el torrente de alimento líquido saliendo por boca y nariz. Del calambre de la cavidad bucal apenas emerge el grosor principal del vómito, no cuenta.

Frente al psicólogo suspira por la incomprensión de la adolescencia. Por qué –pregunta– nadie la entiende. El psicólogo mira su uña transparente y no alcanza a saber cómo esa uña puede inaugurar un vómito.

7 de octubre de 2004





# DEPRESIÓN

En el ala de intoxicación está el niño mirando un móvil que da vueltas trayendo de regreso a Tribilín. Un tubo va de su garganta a una conexión de mangueras que distribuye suero espeso.

El niño sólo mira el móvil. Tribilín se ríe con su gran quijada, persigue al ratón que está huyendo con una mano alargada. El ratón parece dando la bienvenida a su huida.

El niño de seis años está ahí porque se bebió unas gotas de cianuro.

A los seis años descubrió el veneno y su sentó en el suelo a bebérselo.

Cuando el psicólogo se sienta junto a la cama de los personajes de Walt Disney, le entrega una hoja y crayones para que emerja alguna cosa de su inconciente.

Dibuja una familia por ejemplo, pide el psicólogo.

Es difícil que el niño se despegue de Tribilín. Los crayones que huelen a vinilo lo sacan del círculo vicioso de perseguir al ratón. Pero la hoja se arruga bajo su codo, el niño se acerca los crayones y los huele hasta perderles el rastro. Espera a que pase un rato, a que vuelva a ser nuevo ese olor a vinilo, a aserrín de lápiz.

Logra dibujar una familia. La familia camina sobre un prado que es una raya verde oscura. Allí aparecen la madre y unos pequeños. Uno de ellos está a punto de caerse de la raya. El cuerpo hace un movimiento de curva para esquivar la proximidad de la madre.

El psicólogo pregunta quién es el que va a caerse.

Al niño le da rabia esa pregunta y vuelve a mirar el móvil. Luego escribe un texto entero, de media página. Puros garabatos que él ha ido murmurando. Tiene seis años. Aún no escribe desde la instancia de la letra. Pero su letra está ahí. El psicólogo no inquiera nada, sabe ya de la rabia del niño cuando se le pregunta. Lee los garabatos al pie de la letra.

Ahora el niño ve caer la lluvia desde una ventana grande y luego dibuja gruesas gotas de agua. Sin que nadie le pregunte explica que está lloviendo y la mamá se va a mojar. Le agrega

a la madre una lágrima que parece un cristal. Visible. Con un contorno azul para que se vea más.

En el fondo del armario de la mamá estaba el frasquito oscuro.

Alguna vez el niño lo vio allí, cuando la mujer lo guardaba, llorando.

Su madre dejaba caer las lágrimas sin cuidarse de limpiarlas y la caída era un salto mortal que terminaba en la desaparición de las lágrimas. El niño no lograba encontrarlas en el suelo a donde corría a buscarlas.

Es flaco y alto como la madre, una barbilla definida incluso. Orina y hace caca en el pato por la multitud de tubos que le impiden pararse. La enfermera lo limpia cada mañana, lo lava. Le pregunta cómo amaneció. Cuenta que estuvo toda la noche una vaca allá afuera. Señala con su dedo largo.

La madre llega después de la hora del almuerzo. Llega y le da al niño un beso en la boca.

Es una mujer alta como lo será el niño. El color varía, pero siempre lleva un vestido. Una pequeña flor entre los dedos y la flor puede caerse en el menor descuido. Alta y bonita. De una piel del color del mango biche a punto de estar maduro. Los huesos de la cara marcados y dignos.

Ella siempre lleva un vestido que apenas le roza los

huesos. Su cuerpo fino, cabe dentro del vestido como si calzara un guante muy cómodo. Alza la mirada para ver el rostro del niño, lo toca para auscultar alguna fiebre y pone esa flor sobre la mesita a que se marchite.

A esa mujer parece no importarle ni la flor, ni las enfermeras, ni el niño. Esta ahí como podría estar en cualquier parte.

A veces los dos ven llover desde una posición muy incómoda: vueltos hacia la ventana que les queda en un costado del cuarto.

13 de octubre de 2004





## FOTO

El primo de Ricardo era alto. Siempre llevó un par de tenis. La ropa era lo de menos. Pero los tenis eran lo esencial. De cordones. De amarrar.

Lo primero que vio Ricardo al acercarse al cadáver de ese primo fueron los grandes pies sin tenis. La lámpara iluminaba ese desnudamiento. Luego vio lo otro: un ojo vuelto pedacitos.

El primo muerto, en una esquina que dobla una calle. Ricardo mira, traga saliva y se acuerda del ron. La saliva le sabe a ron.

Hace tres horas está despierto. La llamada telefónica lo sacó de un sueño. Soñaba con ese hombre aferrado a un árbol, un hombre viejo y triste. Estaba mirando esa imagen cuando el teléfono lo despertó. Le pareció que el hombre viejo y triste estaba en el cuarto. Pero el teléfono sonaba y contestó.

El primo está muerto.

Se inclinó buscando al viejo triste en lo bajo de la cama. Oyó detalles, siguió el ritmo de la historia, memorizó la dirección.

Dijo que ya iba.

La cabeza pesaba por apenas el asomo de sueño. Sin encender la luz buscó un disco entre los discos. El foquito del estéreo hizo una luz diminuta entre sus manos. Un cocuyo. Y sonó esa primera canción.

El cantante de Lacrimosa empezó a contar una historia como si fuera un secreto. Ricardo siguió la letra con una mímica precisa. Así fue quitándose el bóxer y la camisilla ya mojada de sudor. Bailó la canción un rato. Con los dedos señaló en la oscuridad el ritmo del piano. Encendió la luz del baño.

La ducha fría mojó primero el pelo enroscado en la frente. Bajó después por las pestañas. Una cascada de las pestañas al suelo. No levantó los ojos para no deshacer esa cascada. Así que lloró ahí mismo: los ojos hacia el suelo y una fuente de agua fría cubriéndolo.

29 de diciembre de 2004





## SILENCIO

Amaneció de una forma extraña. La luz fue más clara en las primeras horas del amanecer, delineó cada cosa, identificó uno por uno los objetos. Pero cuando el sol estuvo alto, definitivo, la sombra se quedó en esos objetos y en esas cosas.

Afuera se oye el murmullo de un mango declinado por los mangos grandes y anaranjados. El paso de un pájaro pasando por el sol, yendo a pararse a la punta de una escoba vieja.

La mano de él en esa sombra es de carboncillo por la sombra del cuarto. De carboncillo y de restos de un mate adivinado en lo oscuro. Se queda en la cintura. Olvidada y perfecta logra justo darle la vuelta a esa cintura. Respira con la cintura. La mano sube y baja y sin embargo consigue estar inmóvil.

El sueño habla un lenguaje ronco. Ambos se niegan a la luz con sus ojos cerrados.

La respiración del vientre del hombre se detiene. De pronto. Él no se da cuenta ni tampoco ella. Él se mueve un poco. Como cuando se sueña que se cae. Se mueve y la respiración cesa. Ha muerto soñando.

La mano sigue ahí, en la cintura de ella. Cuando la mujer despierte esa mano pesará más que de costumbre.

17 de diciembre de 2004





## FEDERICO

Las manos nos tiemblan al rozar esa piel blanca y pareja.

La respiración nos delata. Quitarle la camiseta a este niño, a Federico, al niño que vive enseguida de mi casa es una cosa mala. Lo sabemos. El cuarto está en penumbra. Él se deja quitar la camiseta de rayas blancas y rojas. Él se deja hacer. Le hacemos levantar las manos para quitarle del todo la camiseta. Aparece el cuello largo del que cuelga un cordón negro y un cuadro negro que tiene dos caras. Por un lado una lámina del Señor Caído y por el otro la Virgen de alguna parte.

Las costillas están marcadas por los huesos salientes.

En mitad del esternón una canoa de piel se hunde hasta una profundidad que da miedo. Este niño es muy flaco. Cuando Federico respira se puede ir por esa canoa. Tocamos el estómago. Federico ha dejado las manos levantadas para que toquemos tranquilas. Esta de acuerdo. Aunque sea un

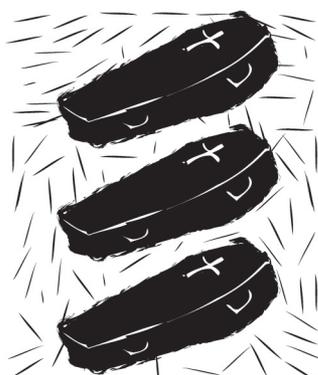
espectador de nuestras manos. Tiene unos pantalones de cordoroy azul cielo. Los huesos de la cresta ilíaca anuncian una caída vertiginosa más abajo del ombligo. El ombligo. Parece el muñón de una persona que existe más allá de Federico. Rosado y asimétrico, con un pequeño promontorio sobre el promontorio que ya es.

Le quitamos también el corduroy azul cielo. Lo rayamos con las uñas al bajar apresuradamente el pantalón. Casi no tenemos luz, la tarde afuera es una agonía lenta de restos de sol. Sólo la luz que llega de la ventana, esa luz que daña los ojos. Así que esforzamos nuestros ojos para ver el bulto entre los calzoncillos negros y amplios de Federico. Somos un par de niñas desnudando a un niño que se deja de nosotras. Soy una niña paranoica bajando unos calzoncillos negros y sintiendo de improviso como caen casi en mi mano un par de bolitas rosadas y muertas. El pitito de Federico es de color carne y está inclinado hacia un lado. Indiferente a ese momento. Es mirado por cuatro ojos que le recorren las venitas y los vellos diminutos que un día lo llenarán de sombra. Las bolitas es lo que más tocamos, son como bolsitas de agua prestas a derramarse. Al pitito lo repasamos con la suavidad de la palma, para que se mueva con esa voluntad propia. Hay un momento en el que incluso olvidamos que esta mal hecho lo que hacemos. Son

los pasos los que nos asustan. Una mano abre la puerta, la luz de una bombilla ya encendida inunda el cuarto. Huimos por la ventana abierta que da al patio. Dejamos a Federico desnudo, con su pitito levantado, en primer plano. Las manos todavía arriba, sin moverse, sin inmutarse.

23 de diciembre de 2004





*Tres muertos*



## TRES MUERTOS

Uno.

Estoy jugando en la pieza de las herramientas. Es un cuarto pequeño y tibio. Allí el sol arrima rendija a rendija. Un juego de sol en ese cuarto.

La casa está en silencio. Mamá esta en el hospital teniendo un niño. Juego a construir algo. El martillo tiene la maza de madera roja. Lo veo levantarse y golpear duro la mesa. Entre el suspenso de los golpes oigo los ruidos de la llegada.

Salgo corriendo y veo a mamá llegar. Viene caminando de lado, la mano en la cintura. Un enojo en el ceño. Ha llorado. Papá viene detrás y luego la abuela Abigail. La abuela insiste en preguntar. Pregunta y papá sólo camina detrás de mamá hasta alcanzar el corredor y ganar la sombra de la casa. Mamá se sienta y descansa del sol. No ha sonreído. No ha dicho nada. No me saluda.

Papá trae al bebé en los brazos. Se lo entrega a la abuela Abigail y ella grita un avemaría que hace estremecer las rejas de la ventana. Oigo el movimiento de esa ventana.

Dicen todo, cuentan todo, describen a mis oídos la muerte de ese niño.

Mamá llora sin probar el agua de panela que alguien le ofrece. Se olvida de todo.

Desde el quicio de la puerta paso horas fijándome en una florecita que alguien ha puesto en la boca del niño. Es un niño dormido nada más. Y tiene una flor en la boca.

Dos.

Voy a comprar la leche. Voy descalza. Las piedritas se entierran en el puente del pie donde la piel es más dura y soporta las piedritas grises de la calle.

Voy con mi hermana Fabiola. Ella tiene doce años y es bonita. Una falda morada camina a la altura de sus rodillas. Mira un tumulto de gente en una casa.

En la tienda venden empanadas de cien. Mojan el papel delgado en el que las envuelven. Yo llevo las empanadas. Fabiola lleva la leche. Otra vez la acera de granito rojo. Vamos para la casa.

Fabiola se detiene.

Mira la casa donde esta el tumulto de gente. Me dice: allí hay un muerto. Y empieza a caminar hacia allá. Yo camino detrás de ella. Yo veo la gente de pie, por todos lados, veo el letrero blanco a la entrada, veo un crucifijo dorado. Veo las velas que se prenden y exhuman el olor tibio de las flores. Veo la caja de muerto.

Un señor dice: lo mataron anoche. Fabiola se abre paso, con su falda morada, sus chanclas de casa. Yo voy descalza, ya no hay piedras, hay baldosa roja y negra. Me detiene la espalda de Fabiola, ella mira el muerto. Yo lo miro. El hombre continúa: le pegaron dos balazos y con eso tuvo. Uno en la sien y otro en el ojo. En el ojo una sombra se despliega desvaneciéndose hasta el tabique izquierdo. Es un hombre de tez trigueña. Muerto. Frío. Hay frío y olor de flores muriendo en esa sala llena de gente.

Fabiola me arrastra de la mano para salir otra vez a la calle. El sol ya es cegador. Estoy tiritando de frío.

Tres.

El tío Juan trae a su hijo, recién nacido, envuelto en una tela azul que flota detrás de él, a su paso. Pone al niño sobre una cama cualquiera. Voy a tocarlo y me lo cuentan: está muerto.

Nació muerto desde la prontitud del útero.

El tío Juan bebe café y come huevos revueltos con tostadas en el comedor, mientras su hijo muerto está sobre la cama.

Luego llega la cajita de niño muerto.

Es blanca y bordeada por una cinta azul oscura. Parece la cuna de un niño vivo. Pero cerrada. Un cestito para tirar un niño muerto.

Ponen al niño en la cajita. Prenden una vela grande de alguna primera comunión. Rezan, a su lado. Mi madre reza. Me pide silencio con su dedo índice puesto en los labios mientras murmura El Padre Nuestro.

El muertito es una arruga de ojos cerrados. Un amasijo de pelo le recorre el cráneo muerto. Huele a flores pisoteadas mil veces.





## ROSA

Rosa entraba a mi oficina todos los días con su trapero negro y mal oliente, me decía buenos días doctora y empezaba a esparcir ese olor a huevo de esa traperera que nunca enjuagó. Me contaba las últimas noticias del pueblo. Iba restregando ese trapero por todo el piso sin poner mucha atención en ese asunto. Golpeaba el escritorio y mis zapatos. Luego pedía perdón. Después hacía trastabillar el archivador. Yo miraba su cuerpo. El uniforme de trabajadora del municipio la forraba. Veía sus músculos, sus carnes salientes, la nuca gruesa, el cuello perdido, las manos y muñecas blancas donde un reloj de hombre daba la hora con una alarma.

Todos los días hablaba sobre su hijo. El hijo tenía veinte años. Pasaba los días en el pabellón psiquiátrico de la cárcel de mujeres del buen pastor. Creo que asesinó a alguien y los abogados lo declararon demente. Pero Rosa no hablaba de eso.

Hablaba de su hijo tal como quería recordarlo: de siete años, caminando agachado hacia la escuela. Trapeaba tres veces más la oficina con el trapero negro para alcanzar a narrar la historia completa del primer día de escuela de su hijo.

Su cuerpo apoyado en el trapero, bebiendo café y apretando con los labios un cigarro. Recién bañada, el pelo cortísimo y húmedo. Se le salía por los poros la angustia. La miraba a ver qué veía en esos botones de acero del uniforme. Era una mujer tupida y rellena de algo. Algo que se parecía a cómo miraba.

Rosa dolía. Terminaba la historia al mismo tiempo que apagaba el cigarro y salía dejando la luz de las ventanas deformada por el humo.

Me paraba por un café. Olía el aire que ella dejaba. Aire de huevo húmedo y de desespero.

10 de enero de 2005





## AMARILLO

Están el psicólogo y el pequeño de diez años en un consultorio amarillo: paredes amarillas, escritorio caoba, la fotografía más que sepia de un tren que parte. El torero se pierde de moscas en el amarillo alucinado. Las flores que cuelgan de una maceta arrinconada son de una delgada seda orgánica que se vuelve ripio de tanto polen, tienen un camino de polen en el suelo de ese rincón.

El psicólogo es un punto en todo el amarillo con su camisa negra. El cabello así, de lado, le cae de a dos rizos y es un perfil de rizos negros. Los ojos miran. No se pierden nada: el cuello amarillo del chico que va contando mientras juega con un trompo. Ve cómo ese trompo se enreda, se desenreda, el hilo alcanza a veces a terminar la hilera de colores del trompo. Vuelve la pita a descender. El chico vuelve a comenzar.

Está contando lo que le da miedo. Ese psicólogo no pregunta ni una cosita. Mírenlo: inclinado casi, para no perderse un solo movimiento del chico. Uno diría que se ríe. Uno diría que hay ahí una atención flotante. Este hombre escucha al niño que abre su boca y cuenta: ver a una madre salir todas las mañanas. A las siete de la mañana el niño se cambiaba de casa y llegaba a la casa de cualquier vecina. Ahí planeaba cómo volarse a buscar a esa madre. La mamá está doblando una esquina y es posible encontrarla siempre que logre escaparse a la calle.

El paciente se ha escapado los últimos tres años. La mamá salió para el trabajo, lo llevó dónde la vecina, lo dejó tomando chocolate y galletas con mantequilla, le dejó plata a la vecina para la leche, le echó la bendición desde la puerta y se fué.

El niño pensó eso: está en la esquina. En la calle. Y salió. En todos los buses y las aceras era posible hallarla. Caminó por el barrio, le dio hambre y no pudo devolverse, no supo. Tampoco sintió muchas ganas de regresar. La madre no estaba precisamente en la casa. Llegaba muy tarde, después de la telenovela de las ocho, de las nueve, cuando se estaba terminando la de la diez, llegaba. Cuando los ojos se cerraban

y era imposible jugar con los *comics* que la madre traía entre la cartera negra.

En la calle, desde esos siete años, siempre estuvo buscando una mujer con una cartera negra. Corría hasta mirar el rostro. No era. Guardaba alientos hasta una próxima cartera negra. La cartera de su madre era como una maleta pequeña, cuadrada y brillante. Se abría girando la aldaba hasta ponerla en la posición correcta en que podía liberarse. Se oprimía un botón superior y la aldabita se daba paso junto con la tapa superior del bolso. El niño jugaba a esto todas las noches, hasta que los ojos se iban cerrando del cansancio y no lograba recibir despierto el beso de las buenas noches.

La madre entraba, saludaba al pequeñito, se iba a comer y el niño empezaba el juego con la cartera. La madre hacía otras cosas de más: planchaba, cosía, lavaba platos. El pequeñito jugaba con el bolso. Los ojos se empezaban a cerrar mientras su madre daba vueltas por la casa o le subía el ruedo a un vestido.

Ahora el chiquillo tiene diez años y es casi un hombre. Conoce el mundo tanto como un hombre. Camina por las calles derecho, buscando a su madre. No soporta estar en ningún lugar, tampoco va a quedarse en esa institución para niños

abandonados. Esa misma noche se irá. Saltará el muro que ya examinó. Hay pedazos afilados de vidrio en el borde. Trepará por el costado izquierdo. Allí vió desde la mañana unas huellas que sirven de escalera. Va a buscar a la mamá. La buscará hasta el cansancio sin que vaya a cansarse.

Y esas son sus últimas palabras en ese consultorio. Sale por la puerta amarilla y el psicólogo lo mira irse, se queda un rato concentrado en un jarrón amarillo donde se paran oblicuas unas margaritas blancas.

El psicólogo mastica el esfero hasta torcerle la coquita.

20 de enero de 2005





## EN EL BAÑO

Sonaba en ese momento una pieza de Mozart, sonaba Romance, podían verse los dedos en un piano imaginado.

Un hombre joven tocaba un piano. Las tres de la tarde, por todo el pasillo Mozart doliendo en la extensión del colón. Un susto amarillo verde en el jardín del bloque de artes.

A veces era un violín. Luego una guitarra. La aproximación a los salones de música cambiaba el instrumento. Mozart. Un violín. Mozart. Una guitarra. Un intento de rock.

Mozart.

Los estudiantes de artes bebían café en la cafetería de artes.

Una mujer flaquísima cruzó el corredor como una sombra, como una cosa delgada, un pabilo, una línea, cruzó e inmediatamente dejó de ser recordada mientras se oía Mozart

en la melancolía del café. Se bebía café y se escuchaba ese piano, allá arriba.

En el cuarto de los baños la muchacha se miró al espejo, se pasó el dedo por debajo del parpado. No se sabe qué se limpió. Una lágrima. Una legaña. Un poco de disimulo antes de hacerlo. Esperar un rato. Mozart. Desde el baño, por las celosías, Mozart se colaba. Baldosines color sepia en el baño. Un poco después de las tres las cosas pueden verse lindas. Un árbol a lo lejos, tapando el sol, un baldosín sepia abriéndose a la luz de la celosía, la puerta entreabierta del baño con el piso parejo y seco.

La muchacha entró a uno de los baños. Se bajó las tangas blancas, se clavó una agujeta enorme, la aguja de un gigante, se la clavó en la vagina como una inyección fallida. Respiró como un animal para no gritar. Respiró como si diera a luz y esperará otra contracción. Respiró asustada. Alguien entró al cuarto de los baños, se lavó las manos. Abrió el lavamanos. Entró al baño de enseguida. Orinó. La muchacha escuchó ese chorrillo largo. Oyó el caudal del inodoro suelto, el papel higiénico rasgado. La puerta, otra vez el lavamanos. Dos muchachas más entraron. Hablaron. De un profesor. De un cuatro con cinco, de un dos con uno. Una le sostuvo el libro a la otra mientras orinaban alternativamente. El baño se llenó de

gente. Muchas muchachas y labiales. La muchacha se sintió sangrar a chorros. Le corría sangre como si fuera un grifo ella misma. Se sacó la agujeta tras escarbar y marearse por la vista de sus coágulos de sangre.

Estaba mareada. Mozart la mareaba. Tenía náuseas. Volteó y vomitó sobre sus propios coágulos de sangre. Eran terrones de sangre. No se diluían del todo. Intentaron abrirle la puerta y ella gritó naturalmente “está ocupado” y trató de limpiarse con unos pañuelos de paquete individual. Soltó el inodoro. Un espasmo rojo convulsionó el inodoro. Una ola roja flotó rumbo a la superficie. La muchacha abrió la puerta del baño. No miró a nadie. En diez segundos aproximadamente la marea del inodoro inundaría todo el piso. Salió mirándose un instante en el espejo. Salió y tras sí una voz de muchacha gritó señalando la sangre.

En el pasillo más Mozart. La muchacha lo siguió escuchando mientras caminaba a prisa, cojeando.

21 de enero de 2005





Fiebre



## FIEBRE

El papá de Liliana trabajaba en el Ferrocarril de Antioquia.

Usaba gorrita caqui y un uniforme caqui.

En el bolsillo izquierdo había una frase del lema del Ferrocarril. También tenía en el hombro un dibujo bordado. Era un trencito diminuto en hilo azul y amarillo.

El papá de Liliana llegó una noche a casa, descargó la gorrita caqui y mientras se sentaba ante su sopa hirviendo les dijo a sus hijos y a su mujer que el domingo todos iban a montar en el tren. La mujer se alegró. Besó a sus hijos. Los chicos celebraron dando golpecitos con la cucharita en el borde del plato.

Liliana empezó a dormir mal desde ese día, que era miércoles. Por el dibujito del tren en el hombro del uniforme. La hacía sentir el viento azul por una ventanilla abierta. Se

ahogaba de viento de solo pensarlo. Era demasiado bueno y no sabía qué hacer para que eso fuera cierto. No sabía qué hacer para que el domingo fuera ya.

El domingo fue una mañana que olía a arepas tostadas. Los chicos andaban con una toalla echada a la espalda, haciendo hablar a la madre para que se bañaran de una vez. Todo era un juego de alargamiento. Hacer como que no importaba lo que venía, lo que iba a ser. Liliana se bañó primero que todos, se hizo ella misma unas trenzas largas que se dispuso a cada lado y se pintó las uñas con barniz natural.

Era una chiquilla de ocho años. Había tenido fiebre esa semana, desde el miércoles. Los padres habían decidido dejarla en la casa de la señora de enseguida. Por la fiebre. El viento del tren podría enfermarla más.

Pero mientras se hacía las trenzas, mientras se miraba los botines blancos, Liliana no sabía nada de eso. Le faltaba tal vez media hora para empezar a llorar. Mientras tanto se soplaba las uñas para que se secase el barniz.

A la salida de la casa, la familia toda era una foto para un recuerdo eterno. Liliana nunca iba a olvidar esa foto. La madre la llevó aparte y le dijo que los esperara en la casa de doña Magdalena porque —aquí se echó a llorar sin dejar terminar a

la madre, la madre tuvo que subir la voz— porque todavía tenía fiebre y se podía complicar con tanto viento.

Doña Magdalena abrazó a Liliana con sus manos llenas de argollas. Una argolla le lastimaba tenazmente la mejilla derecha. Se subieron a un taxi, dijeron adiós con la mano.

El día prometía ser azul clarito el resto del tiempo.

13 de febrero de 2005







## DOMINGO

En la sala de la casa hay un closet. La casa es tan pequeña que al lado mismo del closet está la nevera. Algunos muebles, una silla roja, una silla café, un tapete café roído por el movimiento del perro. Sobre el closet un televisor encendido. Sobre la frente del papá el sudor espera un rato. Pero luego ruedan esas gotas, una a una, se le desprenden cuando se inclina y grita gol, gol, gol, hace gol, nada *hifueputa*, *marica*, este *pendejo* qué hace ahí.

Felipe el chiquito se asusta, es un chiquito que se come los mocos. Mira al papá mientras saca un moco y se lo pega de cualquier parte o se lo come. Cuando el sudor del papá no vale la pena y ellos no hacen gol, el papá se para y le da dos palmadas a Felipe. Si gana, puede ser que le compre chitos, puede ser que lo llame desde la tienda y le compre chitos o una

colombina mientras él se toma un guaro y brinda por ese equipo.

El ronroneo del hombre que cuenta cómo va la pelota, quién la tiene, por qué no se hizo el gol, el ronroneo de ese hombre contando, es como un sol sobre la casa para indicar que es domingo. Sólo el papá mira el televisor pero todos cargan su miedo. A veces llora, el papá. No le quedan fuerzas ni para pegarle a Felipe que se acerca y trata de saber por qué el papá llora, quitándole las manos de la cara.

Se deja quitar las manos de la cara, el padre, se deja destapar.

